

Educación

ESCUELAS CATOLICAS EN INGLATERRA

Visto el catolicismo inglés de puertas a fuera nos parece hasta cierto punto inofensivo. No niego que en parte se deba a nuestro desconocimiento de sus valiosas minorías intelectuales. Pero su inhibición de la vida específicamente nacional nos hace pensar en el complejo de inferioridad que siglos de ostracismo le han dejado sedimentado. Sólo de vez en cuando se destaca en la escena pública algún dirigente católico. Como en nuestros días Mr. Stokes, por otra parte tan excepcional que a raíz de su misión en Persia se preguntaron los redactores del 'Catholic Herald' con sobrado optimismo, si "Dick" sería el próximo sustituto de Atlee en el gobierno laborista.

En contraste con esa ausencia en la esfera política, el catolicismo inglés revela de puertas adentro una vitalidad insospechada para un hispanoamericano. Tanto en la vida estrictamente parroquial como en sus múltiples organizaciones y muy particularmente en el campo educacional, la acción de nuestros hermanos ingleses es admirable. Bástenos por hoy dar a conocer algo de su empresa educadora, en lo que tiene de gozosa cosecha como de inquietud ante un futuro económico inseguro, si el Estado incumple sus deberes de justicia y respeto a la conciencia de las minorías.

Una empresa ejemplar

Nos referimos a Inglaterra y Gales, sin tomar en cuenta a Escocia que goza de un sistema educacional enteramente aparte.

El volumen de la empresa católica salta a la vista con sólo reproducir los datos escuetos: una minoría de 2.808.596 católicos sostiene cerca de 2.000 escuelas con una población escolar superior a 400.000 alumnos. (1) Si comparamos

esas cifras con las correspondientes a la educación privada en Venezuela (59.527 según el Boletín de Estadística, Mayo de 1950) observamos que por cada 15 alumnos que en ellas se educan, los católicos ingleses educan más de 100. Todavía aparece más claramente su esfuerzo cumplido si lo comparamos con el volumen total de la educación venezolana: las instituciones privadas sumadas a las oficiales totalizan unos 254.000 alumnos desde Kinder hasta Secundaria, Normal y Especial. Es decir que las escuelas católicas de Inglaterra representan más del 80 por ciento de ese total venezolano.

No desconocemos los sacrificios que la Iglesia Católica de Venezuela se ha impuesto para sostener su obra educacional. Tampoco podemos ignorar lo que el Estado ha invertido en capitales y esfuerzos de miles de educadores por redimir de la ignorancia a nuestra población infantil. Esos sacrificios nos dan la medida de la carga exigida a los católicos ingleses por el cumplimiento de un deber de conciencia. Insistimos que se trata de una minoría muy inferior a nuestra población católica, fuerza débil desde el punto de vista económico. Recuérdase que es un catolicismo de tipo aluvional, formado por la aportación de masas migratorias que vinieron en busca de trabajo cuando la fiebre industrial. Las persecuciones, desde la rebelión protestante, lo habían reducido a la escuálida cifra de 70.000 en 1780. Su crecimiento se debió en gran parte a los aportes irlandeses que aun hoy siguen afluyendo a los centros mineros e industriales como Liverpool, Birmingham, Coventry, etc. El esfuerzo desplegado en la segunda mitad del siglo pasado hizo multiplicar las escuelas de 300 en 1850 a 1.066 al finalizar el siglo; sólo en los 30 últimos años se cuadruplicó la población escolar. Los inmigrantes necesitaban se fundaran escuelas para sus hijos, desamparados mientras los padres trabajaban en las fábricas o en los socavones. Ellos por su parte no podían hacer contribuciones monetarias de importancia. En esas condiciones difíciles el Cardenal Manning, Arzobispo de Westminster, adivinó la misión de la escuela católica. De otra manera no se habrían de amasar los católicos adventicios con la exigua minoría existente. A

(1) En la Exposición católica de Westminster Hall se daba la cifra de 436.161 alumnos.

él se debe en gran parte este impulso que imprimió carácter al catolicismo inglés. Como gracias a su apostolado social, la Iglesia conservó aquí un substratum obrero que perdió por entonces en el Continente.

Exageraríamos, sin embargo, si atribuyéramos el conjunto a la acción de individuos más que de organizaciones. Sin las órdenes y congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza — actualmente son cerca de un centenar las establecidas en Inglaterra— habría sido una empresa de todo punto imposible. Hoy día el 60 por ciento del presupuesto asignado a educación se va en sueldos de profesores y maestros. Pues bien, descontando los gastos de vida de esas comunidades religiosas y sus inversiones para formación de sus jóvenes, el ahorro que su profesión sin salario supone para la Iglesia en estos últimos cien años es incalculable. Añádase a ello el sacrificio continuo de las familias, sus cuotas, limosnas, pensiones etc. y se comprenderá el resultado de hoy: sólo una cuarta parte de sus hijos en edad escolar deja de asistir a las instituciones católicas.

La cifra parece a primera vista desconcertante, después de ponderados el esfuerzo y corazón puestos en las escuelas. Sin embargo, la situación es mejor aquí que en los EE.UU. a pesar de la proverbial generosidad de los católicos yankees. Allí del 40 al 45 por ciento de los niños católicos quedan marginados por las escuelas de la Iglesia. (2). No roemos las causas de esa diferencia, que nos llevaría demasiado lejos. Por lo que a nosotros toca, apuntemos que el fenómeno está vinculado a la desigual distribución de la población católica, y de las escuelas mismas.

En contraste con los niños católicos que acuden a las escuelas oficiales, el número de acatólicos que asisten a las nuestras es muy elevado. A veces en exceso, ponen en contingencia el ambiente católico que debe penetrar toda la vida estudiantil. En los externados de educación secundaria no es raro que alcancen la cuarta parte del alumnado. Y en los "convent schools", regidas por religiosas, la proporción suele ser mayor. Indudablemente los padres se muestran más mirados en lo que toca a la educación de sus hijas. Es clásico el caso del laborista Mr. Walkden. Apoyó en los

(2) La situación es peor en la segunda Enseñanza. Sólo el 35 por ciento de los católicos que asisten a las High Schools están en instituciones de la Iglesia.

Comunes la moción de las "trade-unions" contra los subsidios a las escuelas privadas. Allí mismo se expresó reciamente contra la educación católica. Sin embargo, confesaba después que tenía dos hijas en un colegio de monjas. Y habíamos creído que semejante descaro era privativo de nuestros diputados tropicales!

Hasta aquí la obra que descansa sobre los católicos con el peso formidable del edificio que nunca se llega a coronar, cual es la estructura educacional. El Estado con sus recursos poderosos eleva día a día el nivel de sus escuelas. Las instituciones privadas entran en una competencia desigual. Si en 1883 fué posible a las escuelas privadas competir con el Estado inglés que por vez primera dedicó la irrisoria suma de 20.000 Libras, ahora tienen que enfrentarse con un presupuesto de 382.109.000 Libras (3) Podrán los católicos alcanzar el standard exigido por el gobierno? La respuesta a esta pregunta nos lleva a la encrucijada en la que ha dejado a las escuelas privadas.

El Acta Butler de 1944.

En 1944 el Parlamento votó unánimemente la ley de educación, cuyo arquitecto indiscutible había sido el actual Ministro del Tesoro Mr. Butler.

Entre otras medidas, se creaba el Ministerio de Educación, la enseñanza se hacía gratuita en los centros mantenidos con los fondos públicos, se elevaba la edad escolar hasta los 15 años y las escuelas postprimarias pasaban a la categoría de Educación Secundaria. Se aspiraba a que ésta fuera posible para todos los jóvenes ingleses, por más modestos que fueran los bienes de fortuna de sus padres. Se introducía un concepto abierto de Educación Secundaria al dividirla en tres clases: "Grammar school" (la tradicional inglesa que preparaba para las Universidades), "Modern school" (con programas más amplios en lo que toca a lenguas modernas y ciencias) y por último la "Technical school" (orientada a la industria y el comercio). Además se señalaban para todos los tipos de escuelas determinados "standard" que debían alcanzar, aun las privadas.

Estas últimas cláusulas, y las referentes a la elevación a Secundaria de las

(3) Gastos en Educación de las Autoridades Locales y el Ministerio en el ejercicio 1949-50 ("Education 1900-1950" The Report of the Ministry of Education).

“senior schools”, implicaban para los católicos nuevas inversiones. Si a ello se añade el alza de precios que en la postguerra se inició en el ramo de la construcción, se comprenderá, en que encrucijada ha dejado a nuestras escuelas el Acta Butler. No tenemos datos de las escuelas católicas, pero en conjunto el 90 por ciento de las escuelas privadas datan del siglo pasado. Pero el fenómeno de la incapacidad de las escuelas para satisfacer las exigencias modernas, es general también a las oficiales. Según el Dr. F. Spencer 4 de cada 5 escuelas elementales deberían ser derribadas y levantadas de nueva planta. Qué inversiones no tendrán que hacer los católicos, si, como apuntaba el Arzobispo Downey en el verano de 1949, el coste de cada “school place” equivalía al precio de una casa en 1939.

Los legisladores previeron las dificultades con que habían de tropezar las instituciones particulares. Para hacerles posible el standard exigido por el Acta se les ofrecía por cuenta del Estado la mitad de los gastos de reparación y mejora de los edificios ya existentes o su traslado a otro sitio. La construcción de toda nueva escuela cargaría enteramente a sus expensas. Las que aceptarían esas condiciones se llamarían “aided schools”. Quedaría a salvo la independencia de los directores para nombrar los profesores, impartir la educación religiosa, elaboración del pensum de estudios etc. Las autoridades gubernamentales adquirirían el derecho a formar la tercera parte de la junta de gobierno de cada escuela.

Como en esas condiciones las escuelas católicas podían conservar enteramente su carácter confesional, ningún deber de conciencia impediría la aceptación de la ayuda oficial. ¿Sería ella suficiente para solucionar el problema económico de la educación católica?

Millones en danza.

Según los cálculos del gobierno, los gastos que las mejoras supondrían a los católicos no pasarían de los diez millones de libras esterlinas. Ya el 4 de abril de ese año Mr. Butler se mostraba escéptico sobre la posibilidad de que los católicos invirtieran esa suma. Al año siguiente, las elecciones generales llevaron al poder al Laborismo. Más tarde la Jerarquía católica estimó en 60.000.000 de Libras esterlinas lo que los católicos tendrían que invertir, sin contar los subsidios del Estado. Los medios anticató-

licos recibieron esa estimación con declaraciones escandalosas. Se denunciaba como una auténtica patraña para recabar mayores subsidios del gobierno.

El 22 de marzo último el laborista Mr. W. T. Proctor preguntó en los Comunes al Ministro de Educación si estaba capacitado para informar de los gastos que el cumplimiento del “Acta 1944” supondría a los católicos. Mr. Hardman respondió por el Ministro que la suma pasaría de 51.500.000 Libras esterlinas. Aun aceptando como ajustados a la realidad esos cálculos del Ministerio, equivalentes a más de 515 millones de Bolívares, la carga impuesta a la exigua minoría católica representaría la cuarta parte de los gastos totales del Gobierno de Venezuela en el ejercicio 1950-1951 (según la Alocución del Secretario de la Junta de Gobierno en Noviembre último).

Otra alternativa: “Controlled schools”.

A toda escuela privada que no se sienta capaz de afrontar los gastos que lleva consigo la “aided school”, el Acta Butler ofrece todavía la posibilidad de ser financiada totalmente por el gobierno. De aceptar la oferta pasaría a incrustarse en el sistema educativo del Estado, en calidad de “controlled school”. En virtud de aquella transferencia financiera, las autoridades gubernamentales adquieren el derecho de constituir las dos terceras partes de la respectiva junta de gobierno. También les pertenece el derecho de nombrar todos los profesores o maestros, si se exceptúan unos pocos —“reserved teachers”— que pueden dar la instrucción religiosa de la respectiva Iglesia, sólo dos veces por semana.

Si la primera alternativa no era aceptable en conjunto para los Obispos católicos por el aspecto económico, esta última repugnaba a los propósitos fundamentales de la educación católica, que se perdería en manos del Estado.

No vamos a seguir las peripecias de la polémica. Innumerables conversaciones se han sucedido en estos años; proyectos y contraposiciones que no han cristalizado todavía en un arreglo definitivo. En 1949 los Obispos pusieron en manos de las autoridades un proyecto que reproducía las líneas generales del sistema escocés que financia por igual con fondos públicos lo mismo las escuelas oficiales como las privadas de todas las confesiones. El “Times” de 9 de noviembre de ese año preveía que el pro-

yecto no sería aceptado. Y sugería a los católicos el ejemplo de la Iglesia Anglicana que había aceptado en sus escuelas las condiciones de las escuelas controladas.

Esa diferencia de actitud que separa a los dos más importantes cuerpos religiosos de Inglaterra es muy significativo. Porque revela la crisis definitiva del anglicanismo como fuerza unificada. Es cierto que en la actualidad sus escuelas tienen el doble del alumnado católico. Pero el hecho de haber perdido en lo que llevamos del siglo un millón de alumnos implica que el proceso de absorción por el sistema del Estado continúa inexorable. La crisis espiritual de la Jerarquía anglicana explica de sobra que no tengan mayores reparos en sacrificar su educación religiosa. Si algunos de sus obispos todavía se mantienen adheridos a un anglicanismo tradicional, otros niegan la divinidad de Jesucristo, no pocos son masones y no faltan los deístas con una idea apenas vaga de un dios impersonal.

Platarforma de lucha.

Los católicos en cambio, en modo alguno estiman suficientes dos horas de instrucción religiosa a la semana. Para ellos la educación aspira a formar al hombre completo. Y desde que la religión significa un enfoque total del hombre y del universo, no pueden en manera alguna sustraerse a su influjo las otras disciplinas escolares. De reducirse el problema de la educación religiosa al aprendizaje mecánico de una larga serie de preguntas y respuestas, su solución sería simplicísima: no costaría más que el precio del "Ripalda".

Los católicos se basan en la legislación inglesa que reconoce el derecho primario de los padres a la educación de sus hijos. A un padre católico le asiste el mismo derecho que a un ateo o indiferente. Por lo tanto la educación específicamente católica de su hijo no le ha de exigir un penique más de lo que cuesta al indiferente la educación laica de su prole. Y el Estado que provee de educación laica o aconfesional a los que así lo exigen, manifiesta un favoritismo injusto si deja de proveer los mismos recursos para que los católicos ejerzan su derecho a la educación de sus exigencias.

Estos principios adquieren una vigencia extraordinaria aplicados a casos concretos, reales como el problema que con-

fronta la parroquia católica de Stepney. Necesita con urgencia levantar escuelas para sus 4.330 niños en edad escolar. Suponiendo que el Estado pague la mitad, ellos tendrían que desenvolver 374.325 Libras esterlinas. Las familias indiferentes que conviven con esos católicos no tiene que aportar un solo penique, fuera de sus contribuciones al Estado, para satisfacer su derecho a la educación de sus hijos. ¿Por qué los otros han de invertir casi cuatro millones de bolívares, si les asiste idéntico derecho?

Enfoquemos el problema desde otro ángulo. Supongamos que los católicos de Stepney deciden no construir sus escuelas confesionales. Que cargue el Estado con el fardo! Posiblemente un millar de esos niños podrían ser absorbidos por las escuelas ya existentes. Aun así, el Estado tendría que construir escuelas para otros 3.300. Bien queda justificada su exigencia de una ayuda sustancial del Estado.

Esta es a grandes rasgos la argumentación de las publicaciones católicas. Unidas las organizaciones entorno a la Jerarquía representan hoy día la fuerza más poderosa que lucha por la auténtica libertad de enseñanza.

Comprensión de los partidos.

La actitud, fuera del campo católico, ante el problema, varía de punta a punta del mapa nacional. En conjunto las autoridades han mostrado tal comprensión que los católicos atribuyen el impulso más que a diferencia de principios a complicaciones de orden práctico. El último Ministro de Educación del Gobierno laborista, Mr. Tomlimson, dijo en York en octubre de 1948: "Los católicos pueden tener la absoluta seguridad que el Gobierno respetará sus derechos. Escuelas como las suyas son el único antídoto frente a los muchos peligros que amenazan el mundo de hoy".

Los hechos han confirmado sus palabras, pues en innumerables ocasiones ha decidido a favor del derecho de los padres católicos.

Las elecciones últimas brindaron a los católicos una magnífica oportunidad para plantear de nuevo su caso. Ya antes de que fueran anunciadas, Monseñor Beck, Presidente del Catholic Education Council (órgano de la Jerarquía con representación de los colegios y asociaciones de maestros) que sirve de enlace entre el Gobierno y las escuelas, instó a los electores a que exigieran de sus can-

didatos se pronunciaran formalmente sobre el asunto. La prensa católica reprodujo en octubre la declaración explícita de los tres partidos en términos muy favorables.

Mientras tanto el alza de precios agravaban la situación en forma insospechada. El Obispo Petit anunciaba en Blackpool que ya no bastaban 60 sino probablemente serían necesarios 100 millones de libras esterlinas. Sin que consideremos definitiva esa cifra de mil millones de bolívares, la verdad es que la situación económica se agrava por momentos.

En vísperas de las elecciones el gobierno laborista por medio del Ministro de Educación ofrecía —de volver al poder— una serie de subsidios y préstamos como solución del momento. La Jerarquía publicó una declaración al respecto. Dejaba entrever una sensación de alivio ante la oferta, pero puntualizaba que el problema exigía una solución total “cuyo acabamiento había de ser un acto de auténticos hombres de estado”.

En el campo conservador también se recibió con simpatía el comunicado del Ministerio. Recordemos la declaración de Mr. Butler (oct. 6): todo hombre de buena voluntad tenía que reconocer las dificultades económicas de las escuelas privadas. Se pronunciaba por un arreglo de las partes: autoridades, Iglesias y maestros. Y terminaba: “Las escuelas privadas, a través de la inspiración de su enseñanza, imprimen algo vital a nuestro carácter nacional y tienen que desempeñar un papel importante, esencial en la educación”.

Difícil, si no imposible, resulta predecir la suerte que han de correr las escuelas católicas bajo el actual gobierno conservador. Por una extraña coincidencia, Mr. Butler, autor del Acta de 1944, ahora como Ministro del Tesoro anuncia reducciones sustanciales en los gastos del Estado. Las consecuencias no se han hecho esperar en el Ministerio de Educación. Su titular Miss Horsbrugh sugiere en estos días a las autoridades locales si pueden reducir en un 5 por ciento los presupuestos. “The Economist” estudia en su edición del 24 de Noviembre las consecuencias de esa reducción. Y apunta que en 1954 habrá en las escuelas primarias 950.000 niños más que en 1947. Si el presupuesto se reduce, Inglaterra tendrá que fijar la edad escolar a los 6 años, en vez de ser 5 como ahora. El articulista no toca

la cuestión de las escuelas privadas. Hasta qué punto han de sufrir ellas las consecuencias de la reducción presupuestaria no lo sabemos. ¿Las palabras comprensivas de los partidos tendrán en este año expresión concreta en subsidios sustanciales?

Una observación final.

Hemos visto que la Iglesia no puede aceptar como solución de conjunto las condiciones de “escuelas controladas”. Y digo de conjunto porque en algunos casos, como el colegio de los Jesuitas en Wimbledon, las han aceptado sin que se debilite el carácter católico de la institución.

Pero nótese que la condición de “escuela controlada” es aún más favorable en muchos aspectos que la de nuestras escuelas privadas en Venezuela. Aquí se reconoce que el fenómeno educativo es demasiado complejo para que el maestro se someta a unas normas rígidas y estrechas. Prefieren el concepto de maestro como creador de formas vivas que como funcionario. Y no lo someten a una disciplina —por desconfianza de su responsabilidad— que la moderna pedagogía rechaza como inoperante aun para los niños. Con estas palabras se abre una publicación del Ministerio: las características del régimen inglés son: “descentralización de la administración educacional, el papel prominente que desempeñan las instituciones privadas y libertad que los profesores gozan respecto de la dirección oficial sobre cuestiones relacionadas con los círculos, pensum de estudios y métodos de enseñanza” (A Guide to the Educational System of England and Wales).

En años por fortuna cancelados, sentimos en carne viva a dónde conduce una concepción opuesta de la Educación. Dios quiera que los hombres responsables y serenos que las próximas justas electorales lleven al Congreso y al Ejecutivo, adopten una actitud en consonancia con nuestra homogénea realidad venezolana, abrumadoramente católica, y de acuerdo con la mentalidad de países avanzados.

Por nuestra parte aprendamos de nuestros hermanos ingleses a hacer de la escuela objeto de nuestras preocupaciones, de nuestros sacrificios y de nuestras ilusiones.

Pablo Ojer, S. J.

Heythrop College (Inglaterra)
Diciembre de 1951.